El loco

Por José Díaz Bolio

He aquí que en una ciudad a donde fué Jesús, había un loco, el cual, burlado por su desatino, se creía César.

Y cuando Jesús llegó, le halló en medio de la plaza, rodeado de una multitud. Y la multitud enconaba en él su maldad y alguien entre ella gritóle:

¡César! ¿De qué guerra vuelves, que traes la vestidura lamida por el cieno y mordida por la espada?

Y otro:

¡Ave, César! Te he traído del Africa cien esclavos nubios: uno para que te asee los cabellos, otro para que se la pase en el remiendo de tu túnica y los otros noventa y ocho para que te vigilen la chifladura!

Y al loco se le hinchaban en alto relieve las venas de las sienes con el súbito coraje, y sus ojos, dos piedrecillas opacas, relampaguearon de pronto, y gritó:

¡Perros! Os haré arrojar en el estanque de mis monstruos marinos! A ver, esclavos míos, castigad merecidamente a estos perros rabiosos!

Y aún otro de entre la multitud gritóle: César, los esclavos tuyos se han hecho a la mar, embarcados en naves trirremes con velas de púrpura y espolones de oro macizo, y a emprender conquistas nuevas para el imperio. Porque hoy día, los esclavos son capitanes, y los reyes van desgreñados y haraposos, y oliendo a ratas, como tú.

Y de la garganta de la multitud brotó el cintarazo de una risa grotesca y malévola, que restallaba en el ámbito de la plaza.

Y cogiendo piedras, la gente comenzó a arrojarlas contra el loco, diciendo:

¡Recibe estas esmeraldas para que te ayuden a ver y pensar mejor!

Y el loco se debatía bajo el pétreo diluvio, cuando acercóse, levantando los brazos en seña de paz, la blanca figura de Jesús.

Y el loco le miró con mirada angulosa y retraída, y ante el hijo de Dios se hizo atrás.

Pero la voz de Jesús era llena de una celeste suavidad, y le ordenó, diciendo: Acércate y no temas.

Y el hombre se acercó tímidamente, y Jesús le tocó con la mano.

Y he aquí: al contacto de la mano de Jesús resplandeció el rostro del loco; resplandeció semejante al rostro de los iluminados, y sus cabellos lanzaron vivos reflejos de oro, y su mirada volvióse tranquila y comprensiva, y su túnica desgarrada restaurose y esplendió con celestial grandeza; y he aquí que de los cielos descendió sobre su frente un rayo de luz; y llenáronse los aires con una vibración que era semejante a un estremecimiento divino, y el hombre aquél fué lleno de la gracia de Dios.

Y entre la multitud, unos se admiraron y otros tuvieron miedo, en tanto que otros decían: